

“Ser hombre es ser libre. El sentido de la Historia es que nos convirtamos realmente en hombres.”

Karl Theodor Jaspers

COLONIA DE NUEVA BABILONIA

REGISTRO DE CIUDADANOS

Número de ciudadanía: 13772294-A-27-XY

Tiempo de vida: 20 años

Tiempo de vida estimado: 39 años

Nacimiento biológico: 05-XI-2062

Altura: 1'78

Peso: 68 Kg. y 269 g.

Color de ojos: gris nº 23

Empleo asignado: selector de códigos tipo B

Lugar de trabajo: Centro de trabajo Vavin

Deficiencias físicas a corregir en la próxima clonación: NO

Deficiencias psíquicas a corregir en la próxima clonación: NO

ALABADO SEA NUESTRO LÍDER

Ése era yo, hermanos, o más bien diría que el yo que era antes, hace tan sólo un puñado de horas. El yo que debía ser.

Hasta hoy no me había preguntado cómo, al igual que yo, tantos otros habían llegado hasta aquí, de qué modo nos habíamos colocado – o dejado colocar – en tal situación. Aún no lo sé, y tampoco creo que llegue a saberlo nunca, pues ya no queda nadie en el mundo lo suficientemente viejo como para recordarlo.

Puede incluso que tan sólo seamos el producto de una casualidad y que no existiera ningún plan para todo esto. ¿Y qué si ocurrió por casualidad? ¿Acaso no lo es todo?

Desde el infeliz día en que la Humanidad -¡Qué extraña me resulta todavía esta palabra, aún en mis pensamientos! – surgió en el mundo hasta que acabamos bajo el yugo del Líder. Todo puede no ser sino la última consecuencia de un hecho tan remoto, tan trivial, que den ganas de reírse a carcajadas.

Pero eso no importa ahora, y no tiene ningún sentido preocuparse por ello. El problema no es saber cómo ha ocurrido, sino acabarlo.

Y para ello tengo que seguir corriendo, y llegar de una maldita vez a esa esfera dorada.

* * *

Eran las 0600, como cada mañana. Y como cada mañana abrí primero un ojo – el derecho –, y después el otro – el izquierdo –. Hice a un lado las sábanas y me incorporé sobre el colchón de espuma, perfectamente recuperado por los cuatrocientos minutos de sueño reglamentarios por los que acababa de pasar. Las persianas se abrieron al mismo tiempo, dejando pasar la luz de un jovencísimo sol.

Desnudo, salí al pasillo, junto al resto de ciudadanos de aquel nivel y nos dirigimos, formando una fila, hacia las cabinas de lavado del otro extremo.

La ciudadana que caminaba siempre delante de mí transpiraba enormemente durante las horas de sueño, y cada día el hedor hacía vibrar defensivamente las aletas de mi nariz. En cierta ocasión nos habló de ello: un día estuvimos atrapados en un elevador unos minutos y nos ordenaron iniciar una conversación, y ella nos contó que era una deficiencia física menor y que habría de esperar a su próxima clonación – proyectada en tan sólo unos meses – para que se la corrigiesen.

Nos dicen que no debemos prestar demasiada atención a ciertas cosas, pero a fuerza de verla cada día allí, delante mío, con su cráneo rasurado bajo mis ojos y el código de barras reglamentario tatuado en su nuca acabé por conocer su número de ciudadanía de memoria. Puede que fuese un simple reflejo, de hecho mi empleo no consiste en otra cosa que memorizar y seleccionar listas de códigos minuto tras minuto.

Se llamaba 8895911-R-27-XX, y no volvería a pensar en ella hasta el día siguiente, hasta que volviésemos a formar una fila a la espera de que las cabinas de lavado estuviesen libres. Como todos los días.

La cabina que me correspondía fue desocupada, y el otro ciudadano cruzó a nuestro lado de vuelta a su cubículo.

Entré de espaldas en aquel reducido espacio blanco, separando los pies y abriendo los brazos en aquel exagerado ángulo en que la máquina estaba programada para llevarse mis impurezas. Unos pequeños brazos mecánicos surgieron arriba y debajo de mi cuerpo, y también a los lados, y empezaron a trabajar, enjabonando y frotando. Se llevaron todo el polvo, la piel muerta, el vello que hubiese podido brotar, y vaciaron también mi vejiga.

Estuve listo en apenas quince segundos: las máquinas desaparecieron por los huecos de los que habían surgido y un vendaval de aire caliente me cayó encima, secando mi piel todavía húmeda. Salí, y dejé paso al siguiente.

Mis pasos sobre el familiar tacto del suelo de goma me devolvieron a mi cubículo. La colcha y las sábanas ya estaban arregladas sobre la cama y las persianas cerradas; todo listo para alojar al siguiente ciudadano.

La puerta del armario se abrió cuando tendía hacia él una mano, descolgué de su percha mi mono de trabajo y me introduje en él. Aquel tejido de fibras de plástico tardó unos pocos segundos en adaptarse a mi estructura corporal y se abrochó solo, hasta parecer de veras que era un traje muy ceñido. Saqué también las botas de caucho y calcé mis pies.

Salí de nuevo al pasillo, dónde ya se estaba formando una nueva fila de ciudadanos en dirección a los elevadores. El de aquel nivel se detenía exactamente a las 0610, ocupamos nuestros lugares asignados y los nueve niveles del edificio pasaron distraídamente delante nuestro, hasta dejarnos en el nivel de tierra, dónde teníamos que tomar la alfombra deslizante hasta el centro de trabajo. En cuanto salimos de la cabina de cristal, otro grupo de ciudadanos – uno de los que trabajaban durante la noche – la ocupó, yendo a relevarnos en el descanso.

Por tercera vez formamos sobre la esterilla metálica y la alfombra deslizante aceleró mientras echábamos a andar sobre ella. Sin que nadie tropezara con los pies de nadie y en envidiable armonía, como los resortes bien engrasados de una máquina.

Un, dos, un, dos, un dos. Sin hablar, sin mirar, sin pensar. Y mientras caminábamos todo parecía cruzar vertiginosamente a nuestro alrededor: los edificios, los campos de cultivo, e incluso otras alfombras corriendo hacia otros lugares, también cargadas de ciudadanos. Todo sucedía deprisa.

Al cabo nos detuvimos junto al gigantesco cubo de hormigón y cristal y la alfombra se bifurcó, introduciéndonos en el centro de trabajo por la puerta principal. A cada lado de ésta un guardián nos vigilaba con su estoica pose de robot, registrando nuestro mudo desfile con sus ojos de vidrio y metal.

Las compuertas se cerraron a nuestras espaldas, y el omnipresente y poderoso clamor de una sirena nos anunció que era la hora exacta de empezar a trabajar.

Me llevó pocos minutos el llegarme hasta mi computadora, que ya se había activado y empezado a mostrar listas de códigos incluso antes de que pudiese acomodarme en la silla.

Mecánicamente, mis ojos y mis neuronas se pusieron a trabajar, leyendo, memorizando, sopesando y acumulando series de cifras, letras e iconos.

Ni siquiera sabía de qué servía mi empleo. No era necesario. Sencillamente yo no sabía hacer otra cosa. No quería. No podía.

* * *

Pasaron metódicamente todas las horas, hasta que fueron exactamente las 2000, y mi computadora se apagó con todas las demás. De nuevo el sonido de la sirena, idéntico al que habíamos escuchado al principio del día, paralizó la escena, anunciado que era la hora del alimento.

Nos dirigimos al comedor, con un burbujeante retumbar en nuestros estómagos que no habían probado bocado desde el día anterior. Al fin y al cabo continuábamos siendo seres vivos.

Me entregaron una bandeja de plástico con dos huecos impresos, uno para el alimento y otro para la bebida, y en la cola de los distribuidores me los llenaron el uno con gachas y el otro con agua.

Me dirigí hacia mi sitio, pasando junto al zumbido de uno de los guardianes que merodeaban entre las mesas y fue entonces, al sentarme, cuando reparé al instante en la sorprendente ausencia del ciudadano que siempre venía detrás de mí y se sentaba a mi lado.

Miré al ciudadano que tenía delante, que mascaba y tragaba maquinalmente sus gachas y se detenía al menos una vez por minuto a vaciar a cortos sorbos el agua con una paja. No parecía interesarle la ausencia de nuestro compañero.

Nos instaban a conversar entre ciudadanos durante el alimento, siendo necesariamente esta la única hora que compartíamos durante la jornada. Creo que no pretendían que creásemos ningún lazo ni comunicación particular, tan sólo que se mantuviera intacta en nuestros cerebros la capacidad de pensar utilizando palabras. Quizá después de todo no querían que acabásemos siendo máquinas por completo.

- ¿Dónde está? – inquirí, ladeando mi cabeza hacia la silla vacía.
- Se lo han llevado esta mañana – respondió escueto – antes del lavado.
- ¿Por qué?
- Deficiencia física.

Aquello podía significar un sinnúmero de cosas: desde que el hombre había empezado a perder movilidad en los músculos a causa de la edad – se acercaba ya peligrosamente a los cuarenta – o que una de las uñas de sus pulgares crecía de forma anormal y no pulsaba botones con la suficiente rapidez. En cualquier caso se habría convertido en un ciudadano deficiente e inoperante en la comunidad, y tal circunstancia conllevaba la pena de muerte.

- No es un problema; volverá mañana.
- Sí.
- Sin deficiencias.
- Sí.

Hacía más de diez siglos que ningún ser humano había nacido en Nueva Babilonia. Desde la instauración de aquel régimen había un cupo limitado de ciudadanos en activo y, al arrancar el sistema, ellos habían seleccionado un número de ciudadanos “notables” que habían de integrar la nueva y equilibrada comunidad. Para que el plan resultase viable esta elite debía ser pues inmortal y perpetuarse en el tiempo a través de la clonación. Eran resucitados a cada una de sus muertes, fueran estas por delito o por muerte legal – a la que se procedía siempre que un ciudadano alcanzaba los cuarenta años de edad – y devueltos al servicio útil al día siguiente de su ejecución. Ello hacía que toda la población de Nueva Babilonia oscilase entre los veinte y los cuarenta.

Sólo ahora me doy cuenta, con la distancia que me han proporcionado estas pocas horas, de que a pesar de que nosotros mismos éramos manipulaciones de la vida y de la muerte desconocíamos por completo lo que éstas eran. Nunca en nuestras vidas habíamos visto nacer un niño, ni tampoco morir a un hombre o a una mujer, pero ambas cosas ocurrían cien, mil veces en cada jornada.

Éramos tan ignorantes..., y sin embargo tan poco infelices.

Al cabo, cuando todos hubimos terminado de alimentarnos, uno de los guardianes flotó hasta situarse en el centro del gran comedor y emitió un bramido casi gutural, como si se tratara de una bestia y no una máquina, anunciándonos así que era el momento de rezar.

Juntos, los ojos cerrados y las cabezas gachas, pronunciamos una vez más aquellas palabras que tan bien sabíamos, pero que nadie nunca recordaba haber aprendido. Nuestras voces retumbaban con eco como una sola:

¡Alabado sea nuestro Líder!
Él nos protege, él nos alimenta.
Tú lo eres todo, en tu orbe de oro, en tu trono de oro
¡Bendito Líder, oh bendito!
A tu voluntad servimos
y nuestra vida te entregamos
pues nada es sin ti.
¡Alabado sea nuestro Líder!

* * *

Fue muy poco después, hermanos, de vuelta ya hacia el módulo de cubículos número 14, cuando me sucedió la cosa más trascendental de las que me habían ocurrido en toda aquella existencia, y la que me permitió llegar a ser lo que ahora soy y os cuento.

Todo alrededor del centro Vavin era un gran espacio abierto de millares de baldosas blancas, que precedían a los campos de cultivo que se recortaban algo más lejos, a varios centenares de metros de la pista de alfombras deslizantes. Y fue al mirar hacia allí, durante menos de lo que dura un segundo, cuando me pareció advertir algo muy extraño. Y entonces la vi.

La cosa más hermosa que podáis siquiera imaginar, hermanos. En medio de aquel cuadrículado desierto, en aquel lugar en que nada crecía ni existía salvo vacío, entre el minúsculo espacio que dejaba una junta mal cerrada, allí, precisamente allí, había surgido el fino y verde tallo de una planta. Y en lo más alto, como una boca que gritase muda su aparición, habían brotado los escandalosamente rojos pétalos de una flor.

Algo ocurrió en mi interior, y no sabría explicaros qué, o por qué, pero sentí que una fuerza dormida se desperezaba de pronto, brincando desbocada dentro de mi cuerpo. Y tomó el control.

Agarré con fuerza la barandilla y, apoyándome en el brazo, salté fuera de la alfombra, ante la total indiferencia de los ciudadanos que en ella venían conmigo. Y en cuanto la suela de mis botas rozó las baldosas del suelo eché a correr torpemente, espoleando a mis muslos como a caballos mal domados. Eché a correr hacia aquella flor, irresistiblemente atraído por su presencia, con la misma fuerza que es capaz de atraer un resplandor en la oscuridad.

Y cuando por fin llegué hasta dónde estaba me detuve, bruscamente, derrumbándome ante tal belleza. Un líquido salado me brotó de los ojos y surcó mis mejillas hasta mi boca, mientras caía de rodillas y no podía refrenar un súbito temblor que me trepaba por la garganta y la cabeza.

Yo conocía aquella flor. En algún otro tiempo, en algún lugar yo la había visto antes. Cerré mis ojos humedecidos y de pronto me pareció ver un campo, un océano a rebosar de flores como aquella. Y la experiencia era tan nueva, tan inesperada, tan maravillosa que creí haber tropezado con el Paraíso.

Pero también escuchaba ya el familiar zumbido de un guardián acercándose. Dos garras mecánicas me levantaron por las axilas y después sentí el cálido escáner sobre mi nuca, leyendo, comprobando datos. A continuación la máquina me habló, con su neutra voz de verdugo del orden:

—Ciudadano 13772294-A-27-XY, sufre usted una actividad cerebral anormal. Tal conducta está penada por la Ley como una deficiencia psicológica grave. Debe ser retirado del servicio útil y ser clonado para su reinserción en la comunidad. Acompañeme.

Y como vio que mis piernas no se movían para seguirlo, tiró de mi y me arrastró sobre el desierto de baldosas, alejándome de aquella flor que nunca más volvería a ver, de aquel súbito abismo de maravillosa irrealidad.

Me dejé arrastrar. Hacia la muerte. Hacia la vida.

* * *

Son las 0600, como cada mañana. Pero esta mañana no abro los ojos. Un tremendo dolor me martillea las sienes y mis músculos se quejan, agarrotados como después de una paliza, o de un esfuerzo demasiado grande. Oigo fuera a los demás formando la cola para el lavado, y siento los impertinentes rayos del sol sobre mis párpados cuando se abren las persianas, pero no me levanto. No me apetece.

Oigo abrirse la puerta y a una pequeña máquina flotante – uno de esos infames guardianes en miniatura que meten en los módulos de cubículos – acercarse a mí. Emite varios flashes de luz para que abra los ojos y cuando por fin lo hago lo encuentro a pocos centímetros de mi cara.

– ¿Qué le ocurre – me pregunta su inexpresiva silueta con voz de mujer –, por qué no se levanta y forma la cola para el lavado?

– Me duele la cabeza – gruño sin más.

Enmudece un instante, para evaluar mi respuesta.

– ¿Sufre alguna molestia similar, o de otra índole?

– ¡Me duele la cabeza, estúpida máquina! ¡Y tu zumbido y tus preguntas sólo hacen que me duela más, diablos!

– Tales reacciones anómalas son debidas con toda seguridad a su reciente proceso de clonación – replica sin embargo con voz de instructor –. Duerma cuatro horas más y diríjase seguidamente al centro médico número 23 para una evaluación de posibles deficiencias.

La máquina interpreta mi silencio como un sí, pues se marcha. Qué extraño, pienso, acabo de insultar a un guardián. Nunca me había ocurrido antes, ni siquiera había pensado nunca que pudiera hacerlo. Muy poco a poco, mientras las persianas recrean de nuevo la penumbra, vuelvo a dormirme.

En tal estado, los sueños no se hacen esperar, lo cuál es todavía más extraño, pues no recuerdo haber soñado nunca antes. El dormir siempre había sido para mí una especie de trance, un pequeño descanso entre jornada y jornada, Nunca hubiese creído que en tal estado se pudiese pensar, reaccionar, o recordar. Sueño, hermanos, por primera vez en muchas vidas. Sueño.

Al principio todo es confuso, pero hay algo familiar en el ambiente, como en un lugar al que hace mucho que no se vuelve, pero que es difícil olvidar. Corro por una inquietante espiral de colores e imágenes, queriendo alcanzar algo que no logro ver aún. Pero siempre hacia la luz, del mismo modo que si me faltara el aliento y la luz fuese aire fresco que por fin logro alcanzar.

Tiene forma de flor. Estoy en lo alto de una colina y por doquier crecen más flores, muchas más, como delicadas pinceladas de rojo en el verde del pasto. Y también hay un bosque al borde de la colina, y los árboles de corteza blanca retuercen perezosamente sus ramas al sol de mediodía en medio de ese paisaje demasiado hermoso, demasiado virginal para no ser más que un sueño.

Corro colina abajo, apartando la vegetación con mis piernas libres. Sonríe, y una carcajada nace en mi vientre y brinca hasta mi garganta. Río sin saber ni entender por qué. Y con una improvisada pirueta me dejo caer entre las flores y el pasto, sintiendo su tacto entre mis dedos abiertos, oliendo a primavera y contemplando el azul del cielo surcado de nubes.

Estoy en la Tierra, en mi hogar, y tan sólo deseo permanecer aquí para siempre, aunque a mi propia madre pueda resultarle ahora extraño. Porque estoy vivo, porque soy libre.

Entonces el sueño cambia. Recuerdo una canción, una voz de mujer que pregunta acertijos sin solución y nos dice que el viento es el único que tiene todas las respuestas. Recuerdo una gran superficie pintada, representando un gran grupo, tan real que estremece. A un lado, varios hombres yacen muertos, ya han pasado a ser lo absurdo y se han fundido con el polvo y la tierra, tan carentes de vida como ellos. Al fondo, figuras uniformadas empuñan armas de madera, fuego y metal, y se preparan para hacer de nuevo uso de ellas. Y en el medio, hermanos, otros hombres se dan la mano, de espaldas a los uniformes y se resignan estoicamente a la muerte que está por llegarles. Recuerdo una voz de hombre recitar palabras de melancolía acerca de poetas desaparecidos y encerrados en el subsuelo, con ansias de ser liberados.

Recuerdo toda una vida que hace ya mucho tiempo que no existe. Recuerdo una ciudad, un hogar, los rostros de una madre, de un padre, de unos hermanos, de unos amigos...

Pero sobre todo la recuerdo a Ella. Su espíritu, sus formas, sus ojos, su boca, sus rizos, su voz. Recuerdo haber brindado y haber bailado, y recuerdo haber hecho el amor con ella después, haber fundido nuestros cuerpos en uno solo hasta que una pálida estrella nos sorprendía desde el cielo y ella cantaba a mi lado que de nada se arrepentía, y que nada importaba ya sino aquello.

Y recuerdo tantas otras cosas, hermanos, que ya no se si reír o llorar, si aferrarme a la vida o dejarme morir. Pero morir..., yo ya he muerto muchas veces y se que no soluciona nada. Porque carezco de algo, de algo tan primordial como el hálito, pero a la vez intangible, indefinible, incomprensible...

A través de los diferentes recuerdos suena y resuena constantemente aquel algo, una misma nota misteriosa, como el abnegado estribillo de una melodía que se resiste a consumirse. Muchos siglos hace que ningún humano sueña con esa palabra.

Libertad.

Os he dicho que me habían clonado, os he dicho que nadie nacía en Nueva Babilonia, que nadie moría y que sólo éramos retirados del servicio útil, reformados y devueltos a la comunidad. Pero hay algo que no os he dicho, y quizá sea lo más importante de todo.

A priori ningún ciudadano ha de tener recuerdos, al menos no más allá de su última clonación. Esos recuerdos no serían necesarios, ni útiles, es más, pueden ser peligrosos ya que pueden distraer o crear actividades cerebrales anormales.

Y sin embargo yo recuerdo. No ya lo ocurrido antes de mi última clonación, sino mi vida anterior, cuando fui un ser humano, nacido de un vientre humano, cuando fui libre.

De algún modo ha ocurrido una anomalía. El sistema ha fallado. Soy libre otra vez. ¡Libre!

Y al cabo lloro, hermanos, lloro de rabia y desesperación al saberme tan desdichado. Sollozo y me retuerzo de dolor como alocado pues no puede haber libertad más inútil que la mía. He logrado salir de mi celda, sí, pero sólo para descubrir al instante siguiente que escapar de la prisión es imposible, sencillamente porque no hay ningún otro lugar al que escapar.

Más allá de Nueva Babilonia no hay nada.

* * *

He tomado una decisión. Lo he meditado largo tiempo – casi media mañana –, aunque puede que no tanto como se merece tal cuestión. Pero es ya mucho más de lo que había reflexionado en mucho tiempo.

He buscado en mi cubículo cualquier cosa que pueda servirme en lo que me he propuesto, pero no he hallado nada. Pero mi mente trabaja muy rápido ahora. Hay unas barras de metal disimuladas junto al armario, unas llevan agua en su interior, otras cables y fibras eléctricas. Consigo arrancar una con los brazos – tan larga como yo – y la vacío del cableado, y durante un buen rato la froto insistentemente contra uno de los cantos de la cama. El material es duro pero a base de fuerza uno de los extremos va cerrándose poco a poco sobre sí mismo, asemejándose cada vez más a una punta.

Es rudimentaria, pero es un arma. Mientras sigo frotando intento pensar en algo con que afianzar un poco más mi frágil plan. Puedo salir con los ciudadanos del siguiente turno, y una vez en las alfombras deslizantes saltar afuera, como hice ayer. Desde el módulo de cubículos hasta el Orbe Dorado no puede haber más de una hora de marcha, y entonces empezará la parte complicada.

Me he propuesto matar, hermanos. Matar al propio Líder, al todopoderoso bastardo que domina Nueva Babilonia; y no tengo ningún motivo especial para ello.

No se ni quiero saber cómo hemos llegado a esto, en qué momento la Humanidad y su mundo pasaron a ser Nueva Babilonia. ¿Acaso el Líder nos conquistó y sometió por la fuerza, acaso nos engañó, o fuimos nosotros, por el contrario, quienes nos dejamos engañar y someter?

Además, yo no me he propuesto hacer esto por salvar a la Humanidad – tal concepto ya no existe –, ni siquiera por hacer justicia. No, no es ninguna de esas cosas lo que me mueve, sino lo que en el fondo hace nacer a todos los rebeldes.

La ley del Talión. La Venganza.

* * *

Los ciudadanos del turno de mediodía viajan más apretados sobre la alfombra, pero a ninguno parece importarles mi presencia dentro de su grupo y permanecen tan erguidos como indiferentes. Tampoco les extraña el alargado trozo de metal negro que llevo en la mano ni que, aunque todas sus cabezas miren al frente yo vuelvo constantemente la cabeza hacia la izquierda, a cada vez que aparece entre los edificios el resplandor de la esfera de oro. El Orbe Dorado, la morada del Líder.

Tras cruzar frente a una línea de campos de cultivo se abre una vía entre el blanco de los edificios y al final se levanta la base del Orbe, en el centro exacto de Nueva Babilonia.

Una vez más, doy un salto sobre la barandilla y aterrizo en las baldosas de más abajo. Echó a correr, esta vez hacia el Orbe, rápido, muy rápido, moviendo el mundo hacia atrás con mis piernas.

Al pasar frente al primero de los edificios a la carrera percibo por el rabillo del ojo la silueta amarilla de un guardián, y poco después el eco de su zumbido en las paredes de hormigón y cristal. Pero no hace ademán de seguirme, ni siquiera se mueve.

Inexplicablemente, nadie me detiene, y parece que Nueva Babilonia entera se quede imperturbable mientras corro hacia su dirigente con un arma en la mano. Y puede que se trate de eso, pienso al cabo, puede que la idea de que alguien mate al Líder les resulte absurda e inconcebible. ¿Por qué haría alguien algo así?

Pero es tan simple..., la venganza es un sentimiento tan primordial en cierto modo que en sus avanzadas y frías mentes de metal no cabe una posibilidad semejante.

No me detengo a mirar atrás. Tengo que matar al Líder.

* * *

En efecto, en menos de una hora me llego a la base del Orbe, y aunque siento mis piernas reventadas por la larga carrera aún me quedan fuerzas suficientes para encaramarme a uno de los pilares – uno de los siete – que sostienen la gigantesca esfera de oro. Trepo, despellejándome las manos contra el metal y torturando mis poco desarrollados músculos cada vez que me alzan un metro más. El Orbe se acerca, y el suelo y Nueva Babilonia van quedando cada vez más abajo, más atrás.

Al poco tiempo el movimiento de arrastrarse hacia arriba, de levantar brazos y piernas de manera coordinada se vuelve mecánico, y aprovecho el tiempo para pensar en lo que va a ocurrir a continuación.

Es muy posible que no lo logre, y aunque de algún modo llegase a hacerlo también es probable que no viva después para contarlo, o que otro remplace al Líder, o incluso que, simplemente, nada cambie en absoluto.

Sopesad, hermanos, que tengo poco que ganar en esto, pero nada que perder.

* * *

Este material que tanto reluce desde abajo no es oro, pues se resquebraja y estalla como el vidrio bajo mis golpes. Progresivamente el hueco se va haciendo más grande, hasta que consigo distinguir una especie de pasarela en el interior de la esfera. Calculo que puedo pasar a través y apoyando mis pies más arriba, me agarro y me subo.

De nuevo en suelo firme me dejo caer, pues el cansancio que me asalta de pronto es demasiado grande. Voy recobrando el aliento y observando el interior de la esfera, que se levanta sobre mi cabeza: un agresivo entramado de pasarelas iguales a la que ahora me sostiene se entrecruzan desde todos los ángulos, como los amenazadores hilos de una telaraña.

El Líder ha de encontrarse necesariamente ahí arriba, en su trono de oro, exactamente en el centro del Orbe. Por supuesto. ¿Cómo podría ser de otro modo? ¿Quién, con un mundo de idólatras a sus pies y tamañas obsesiones de grandeza cumplidas, escogería otro lugar para sentarse a contemplar satisfecho el mundo que se ha esclavizado?

Ardo en deseos de encontrarme cara a cara con aquel malnacido, sea quien sea. Pero también me acosa una fuerte curiosidad, al saberme seguramente el primer ciudadano en verle el rostro en no se sabe cuántas décadas.

Recobrado, me levanto, y veo que me basta estirar un poco los brazos para alcanzar la siguiente pasarela. Trepo hasta ella, y hago lo mismo con la siguiente, y con la siguiente, y con la siguiente, y con la siguiente... Y, mientras me sigo acercando sin ningún temor al Líder, noto en mis oídos como una energía que pesa en el aire y que se va haciendo cada vez más densa, palpitando con una terrible fuerza en mis sienas.

Sigo trepando y entre los espacios de las pasarelas que aún tengo por encima me parece ver las carcacas amarillentas de los guardianes que dan vueltas alrededor de lo que considero la fuente de toda aquella misteriosa energía, alrededor del núcleo de la esfera, alrededor del Líder.

Y entonces pienso, ¿por qué no? ¿Por qué, después de todo, no podría tratarse de una máquina? Si se sirve de máquinas para controlar a sus peones humanos, ¿por qué no podría tratarse él mismo de una máquina?

Coloco las manos para subirme a una nueva pasarela. Pero esta tiene algo especial, antes incluso de que mis dedos la toquen puedo notar la energía brotar directamente de ella. Me alzo, y miro con cautela hacia arriba.

Y allí está, sentado en un gran trono de oro, justo en el centro del Orbe, de Nueva Babilonia y del mundo entero. El líder.

Soy incapaz de contener la euforia que de pronto me recorre el cuerpo. Él está ahí, mi venganza está ahí, a dos escasas docenas de metros de mí. Sin guardianes, sin ninguna protección aparente. Basta tan sólo con subir una pasarela más.

Y sin embargo no me decido del todo a hacerlo, hay algo que me desconcierta.

No es una máquina, desde luego, pero puedo jurar que tampoco es un ser humano. Es alto, y grande, mucho más que yo. Su piel parece oscura, puede que verdosa pero la penumbra que hay dentro del Orbe no me permite asegurarme, y sus brazos y sus piernas son largos, y rematados en manos y pies desnudos de tres dedos. Se viste con un mono plateado y amplio, que le cubre un torso esbelto y alargado.

Pero lo más perturbador es su rostro: un cráneo achatado y prominente, de grandes ojos, negros y opacos, y con una boca que no es más que un simple orificio bajo aquellos.

Y no es su chocante aspecto lo que tanto me desconcierta, lo que me paraliza, sino la confusión ante la idea de imaginar de qué mundo habrá salido aquel ser, cómo habrá llegado hasta allí, y por qué la Humanidad entera – o lo que de ella queda –, le pertenecen.

Gira entonces la cabeza, lenta, majestosamente casi, y aún desde la distancia que nos separa siento sus ojos clavados en mí.

Extrañamente, la sensación de peligro no me amedrenta sino que, por el contrario, me envalentona, como si sintiera que la posibilidad de vengarme fuera a desvanecerse si no actúo deprisa. Trepo por fin a la última pasarela, y corro hacia ese sorprendente e inverosímil señor de Nueva Babilonia, blandiendo en alto mi arma.

Los guardianes zumban alrededor, pero aún no han reparado en mí. Llevo el brazo derecho hacia atrás, levantando la barra de metal negro junto a mi cabeza y tomando tanto impulso como soy capaz.

En realidad no se por qué hago esto, por qué adopto esta posición. Me resulta instintiva. Es la más simple y clara traducción de mi deseo de matar.

El Líder me observa, insensible, con la misma indiferencia con que viven y mueren sus súbitos humanos. No parece importarle que uno de esos siervos esté delante de él, dispuesto a atravesarle la cabeza dentro de un segundo. Sólo mira en mi dirección, sin saber por qué debería también verme.

Y entonces ocurre lo que debe ocurrir. Una zarpa metálica me agarra del brazo y aprieta hasta que mis dedos castigados se abren y sueltan la barra de metal, que rebota sobre la pasarela antes de caer, perdiéndose en el abismo. Otra zarpa me coge el otro brazo y me levanta, frente al Líder.

Lee el código de mi nuca, y oigo su voz mecánica detrás de mí:

– Ciudadano 13772294-A-27-XY, sufre usted...

Enmudece. El Líder ha levantado uno de sus reptilescos apéndices, y el orificio de su boca se ha ensanchado, como si quisiera imitar una sonrisa. Sus dedos se retuercen y agitan, formando con ellos una serie de figuras en dirección al guardián, que sigue apretando con fuerza mis ya insensibles brazos.

Escucho el chasquido afilado de una hoja de acero y de pronto algo frío y punzante me atraviesa la cabeza desde arriba, adentrándose indecentemente entre mis sesos.

Enseguida comprendo. Le ha pedido que me ejecute, pero no siguiendo el procedimiento normal. Quiere que sufra.

Noto algo en mi cerebro, algo que de pronto estalla, y tortura a la vez todos los nervios de mi cuerpo. Aúllo de manera atroz, sintiendo arder cada centímetro de mi carne. Antes de sucumbir al dolor, lo último que logro ver es la sonrisa de satisfacción del Líder.

* * *

Pero no moriré, hermanos, al menos no para siempre. Me clonarán de nuevo. Y es posible que dentro de diez – o incluso de cien – años, recuerde lo que hoy ha ocurrido. Yo u otro de mi especie.

Bastará sólo con eso, con la chispa de un recuerdo para que todo vuelva a ocurrir. Puede que sea mañana mismo, que al despertar la próxima vez todo siga intacto en mi cabeza.

Y el Líder no será eterno, como tampoco lo será Nueva Babilonia. No seremos siempre clones. Puede que haya sido el primer rebelde, pero con toda seguridad no seré el último. Seremos libres, algún día.

Las flores también crecen en el desierto.

El Bardo Azul